Historias predecibles. Pimer año de instituto

Elena Llorente Bernardo

HISTORIAS PREDECIBLES

Un repaso a los tópicos de la adolescencia

Elena Llorente

Capítulo 1

Hola Misae,

Cómo me gustaría que estuvieras aquí. Mañana es mi primer día de instituto y los nervios me tienen sin dormir. El sábado por la tarde estuve con Laura repasando la lista de clase para ver con quién vamos a coincidir, aunque la verdad es que ni siquiera sabemos si iremos juntas a la misma clase, porque hay varios grupos de primero de la ESO. En realidad más de la mitad de la clase va a ir a ese instituto y el resto vendrán de otros coles de la ciudad. Estoy muy intrigada, ojalá aparezca un chico increíble del que me enamore y que se enamore de mí, sería brutal. Laura dice que tiene novio, pero no me la creo. Ojalá estuvieras aquí para ayudarme a elegir la ropa o tranquilizarme con tu seguridad y valentía de siempre. ¿Te acuerdas aquella vez en la que insististe hasta que me monté contigo en la montaña rusa de Port Aventura? No era gran cosa, era la de los pequeños, pero yo estaba muy asustada, pensaba que toda la atracción se caería abajo en cuanto se pusieran en marcha las cabinas. Me dijiste que me iba a encantar, estuvimos riendo durante toda la espera que duró la cola y, al final, cuando estaba a punto de renunciar, me cogiste del brazo, me miraste a los ojos y me juraste que no iba a pasar nada malo. Me dijiste: "cierra los ojos y siente el aire en la cara". Cuando ya estábamos dentro y con los arneses puestos, creo que iba a vomitar. Tú reías como si nada y yo me agarraba con uñas y dientes al tubo de metal que bordeaba el vagón. Recuerdo que el arnés me parecía incómodo y poco eficaz, daba la impresión de que se iba a soltar en cualquier momento; en mi opinión, estaba demasiado aflojado. Nos cogimos de la mano y apretamos los dientes. Cuando el vagón comenzó a moverse, un sudor frío recorrió mi frente y tenía los ojos como platos. Tú me miraste y me mostraste un pulgar hacia arriba. A pesar de tu ridícula mueca, no me hizo ninguna gracia, vistas las circunstancias, más bien pensaba que iba a ser la última vez que te veía, que de ahí no salíamos vivas. La subida se me hizo interminable, me apretabas la mano para que no sintiera miedo, pero no surtía efecto. Dios, cuando caímos en picado casi me da un infarto, mi grito se oyó en los cinco continentes y ya no paré de gritar hasta que acabó la atracción. Aún así recuerdo que la impresión fue agradable, había miedo, vértigo, angustia, pero también una sensación de velocidad que disparaba todos mis sentidos y me convertía en un proyectil humano, no sé si eso es bueno o malo, pero de algún modo sentía placer, adrenalina subiendo por mis venas, alivio a través de aquel grito desesperado y liberador. Al bajar me sentía más viva, más ligera, más valiente. Nos dimos un abrazo y corrimos de nuevo a la cola. Creo que pasé toda la tarde hablando de ello, recuerdo comer un helado enorme que me resbalaba por las comisuras de los labios y tener la boca llena de gofre y seguir hablando de la montaña rusa. Ahora que tengo unos años más, no sé, me parece que esa montaña rusa no era para tanto, pero entonces lo viví como el no va más. Qué gracia, ¿te

acuerdas?

Sería genial poder compartir contigo lo que viene ahora, pero bueno, no te preocupes porque te voy a tener al tanta de todo. Te quiero, Misae. Mañana es un gran día, pensaré en ti.

Sofía guardó la carta en el cajón de la derecha y se quedó un momento mirando por la ventana, las luces de las farolas producían un destello blanquecino que le daba a aquella noche un tono romántico y melancólico, la calle estaba vacía y silenciosa, solo se escuchaba el murmullo de la tele que venía desde el salón. Se giró hacia la puerta de su cuarto y deseó tener poderes mágicos para cerrar la puerta: telequinesia o algo así... al final optó por tirar un libro y cerrarla de un portazo, que sonó como si se fuera a caer el edificio. No sabía por qué lo había hecho, se quedó inmóvil un momento, intrigada, esperando una voz inquisidora que la llamara la atención. Pero nada. Solo el mismo murmullo televisivo, ahora atenuado por la puerta cerrada. Volvió el rostro de nuevo hacia el escritorio, pero ya no le interesaba lo que había más allá del vidrio de la ventana. Bajó la mirada y deslizó el dedo índice por la pantalla del móvil para hacer un repaso a las conversaciones de whatsapp. Casi nadie tenía móvil en su clase, así que había abiertas unas cinco conversaciones, la mayoría de familiares. Era un pena que Misae estuviera tan lejos que ni siquiera tuviera cobertura. Pero al menos podía enviarle cartas. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y se quedó tensa. Rápidamente se mordió el labio para aguantar y no echar a llorar. Miró en el armario y empezó a sacar camisetas, la mayoría eran infantiles, no sabía que estilo de ropa se llevaba en el instituto, pero no quería llamar mucho la atención el primer día. Eligió una camiseta blanca de tirantes con unas flores azules y rojas a los lados, y un pez dibujado en el medio. Se probó varios pantalones. Al final se decidió por unos vaqueros claritos. Y separó unas sandalias negras que se había comprado hacía poco.

Ya bajo las sábanas, no podía dormir, hacía tiempo que no se oía la televisión desde el salón, la luz de las farolas iluminaba el interior de la estancia. Miró el póster. Sólo había un póster en su habitación, le pareció que iba a tener que llenar las paredes para que quedara mejor, más entonada con su nueva situación de adolescente. De repente sonó el teléfono con el tono melódico de los mensajes del whatsapp, la pantalla se iluminó.

"Hola..."

Era un número desconocido, en la imagen de contacto se veía un perro labrador sentado de espaldas sobre un monopatín y mirando hacia el mar, por las piedras, dedujo que era en la playa d'Es Codolar. Borró la conversación, su padre le tenía dicho que nada de hablar con extraños. Después de borrarlo, se arrepintió. Al menos podría haber conservado el número y haber hecho averiguaciones con su amiga Laura. ¿Quién podría

ser? Le llamó la atención lo del perro, pero no conocía a nadie que tuviera un labrador. Luego se acordó del monopatín y le vino a la cabeza que probablemente era el número de un chico, porque casi ninguna chica usa monopatín. Lo del monopatín restringía mucho la búsqueda, ya que hay pocos sitios en Ibiza con gente que use *skate*. Pensó en las instalaciones que hay al lado del gimnasio de la rotonda. Casi siempre estaban vacías. Estaba más nerviosa que antes. Pero se dijo a sí misma que el del saludo nocturno se había equivocado, que no era nadie que ella conociera y que había hecho bien en borrar el número y no contestar, que eso es lo que Misae habría dicho. Y que en dos días estaría olvidado.

Capítulo 2

Sofía miró varias veces dentro de la mochila, llevaba un bocadillo, una botella de agua, una libreta y varios bolis metidos en un estuche que había comprado días atrás junto a una goma y un lápiz. No sabía muy bien lo que iba a necesitar, los libros no le habían llegado todavía. Solo estaba segura de que entraba a las ocho y salía a las dos, seis horas que parecían una eternidad.

A pesar de no haber dormido, estaba bastante despejada, se miró al espejo. La camiseta del pez le hacía parecer dos años más pequeña, su pecho eran apenas dos pliegues imperceptibles, su cadera más lisa que una tabla. Se recogió el pelo en una coleta alta y entonces lo vio, era un grano enorme, una mancha roja que vislumbraba un punto brillante y blanco en su delicada piel aterciopelada, justo a la altura de la sien izquierda. La imagen del espejo no la representaba, ¿en qué se estaba convirtiendo? Se palpó el grano y luego fue directa a su bigotillo, se le notaba cierta pelusilla, que ella percibía como pelos que no dejan ver el labio superior, y se preguntó cómo podría deshacerse de él. Empezaba a tener demasiado vello, ¿qué era una niña o un mono? Volvió a centrarse en el grano, pensó que sería fácil camuflarlo si se soltaba el pelo, además eso le haría parecer más grande. Se desmelenó y se dio cuenta de que algo no iba bien: una forma ondulada muy rara en su cabeza que la convertía en la hermana gemela de Lady Gaga. Se peinó, pero eso solo empeoró la situación, ahora parecía que le había lamido una llama. Bueno, el grano no se veía, pensó.

En la cocina estaba su padre.

—Pablo todavía duerme, te he preparado el desayuno.

—Gracias, papá.

Sofía se sentó a la mesa de la cocina y se untó un poco de mermelada en el pan de molde tostado. Su padre solía quemar el pan y ese día no fue una excepción. Mientras comía la tostada intentando contener el aliento para no oler ese desagradable tufillo a carbón, pensaba en su hermano. Qué suerte poder quedarse una hora más durmiendo. Le dio un sorbo a la leche para tragar la mole de pan acristalado que le crujía a su paso por la garganta. El colacao estaba buenísimo, sobre todo ahora que había convencido a su padre de que no le pusiera azúcar. Le amenazó con denunciarlo a la sanidad pública. A lo que su padre respondió con una larga carcajada. Sofía no sabía si se reía de verdad o para no hacerle pasar vergüenza por un chiste tan malo. Últimamente no reconocía a su padre, estaba cambiado. Sofía se había percatado de que tenía un tic, probablemente siempre lo había tenido, pero era ahora cuando se daba cuenta de las pequeñas cosas, suponía que esa toma de conciencia debía

formar parte del maligno conjuro de la adolescencia. Eso pensaba mientras su padre giraba la cabeza hacia un lado como intentando mover un flequillo inexistente, era más calvo que un bolo, y estiraba la boca chirriando los dientes. Nunca acabas de conocer a las personas, es difícil predecir cómo se comportarán en determinadas situaciones, a veces siguen un patrón establecido, hasta que un día cogen otro camino y de repente lo único que te hacen sentir es extrañeza. Lo que esperabas que sucediera convertido en añicos. El mundo de Sofía empezaba a mostrar sus aristas y eso la asustaba, no sabía que sorpresa venía a continuación.

Mientras salía por la puerta, su padre gritaba que no le había dado un beso, a lo que ella respondió cerrando tras de sí.

—¡Mierda! ¡Las llaves!

Con cara de resignación, no le quedó otra que golpear la madera. Cuando su padre abrió, Sofía frunció el ceño y con voz seca y gruñona dijo solo dos palabras: "Las llaves", ni siquiera extendió la palma de la mano, ni siquiera miró a su padre a los ojos, solo gruñó: "Las llaves" como si estuviera soportando sobre su cabeza todo el bochorno estival. Su padre hizo un movimiento que Sofía habría parado si lo hubiera visto venir, fue directo a su cabeza y le removió los cabellos en actitud conmovida. La niña casi pega un salto como un gato asustado, ahora tenía el pelo a lo Tina Turner.

—Papá, en serio, quieres dejarme en paz.

Entonces su padre le dio las llaves y profirió las palabras fatales.

—¿Qué pasa? ¿Tienes la regla?

Sofía grito que "¡noooooooo!" con todas sus fuerzas, luego se dio cuenta de que estaba en el descansillo y probablemente había despertado a toda la escalera. Su padre la miró con gesto insatisfecho y movió el dedo a derecha e izquierda, mientras, "Oh, no", volvió a hacer ese tic perturbador. Sofía dio media vuelta y salió corriendo como si la persiguiera el demonio. Su padre cerró la puerta, se le estaba saliendo el café de la cafetera.

Nada más pisar la calle, una caca de paloma calló justamente a ras de ella, no la rozó, pero se incrustó justo delante de su camino. Todo apuntaba a que no iba a ser un gran día y sin duda aquella cagada era una especie de premonición, estaba segura. Desde ese momento caminó con firmeza pero inquieta por lo que, según las previsiones, se iba a convertir en un día fatídico. No tardaría mucho en darse cuenta de que habría hecho mejor quedándose en casa y fingiendo dolor estomacal, volvió a pensar en la regla. Probablemente si pintaba una compresa con

mecromina su padre no notaría la diferencia. Se lo apuntó en su archivo de notas mentales y prosiguió su camino.

El drama la esperaba en el puente. Ya había recuperado la confianza, cuando unos encapuchados salieron de su escondite y le tiraron sendos huevos. Las palabras que salieron de su boca no eran propias de una señorita. Los encapuchados corrieron a refugiarse al son de "¡Novataaaaaa!" y desaparecieron entre los arbustos que bordeaban el camino. Eran un par de cobardes.

"Perfecto", uno de los huevos la había tocado, en concreto la manga derecha. Intentó quitarse los restos, pero solo se ensució la mano y se lo restregó más. Además, percibió un olor nauseabundo, el huevo estaba podrido. No sabía si llorar o correr tras aquellos encapuchados. Al final siguió caminando con paso rápido pero semblante derrotado, como si quisiera llegar cuanto antes al instituto sin sufrir más daños, consciente de que había perdido la batalla.

A las puertas encontró muchos desconocidos, pasó rápidamente para dentro y una vez en el recibidor, se acercó a un grupo de alumnos que miraban hacia un panel de corcho. Se buscó en una de las listas: Sofía Thermann Sanz, aula 8, 1º B.

Una vez en el aula, se percató de cuatro caras conocidas: Luisito el caro loco, no se sabía para qué lado miraba, porque era estrábico, y siempre se le salía un poco la baba. Le saludó sin más y se fue a sentar atrás del todo. Luisito profirió un ruido gutural a modo de respuesta, que si no fuera porque quizás había escuchado mal, fue un eructo. A la derecha estaban Rosa, María y Julieta, que la miraron tímidamente y le sonrieron. Sofía les alzó la mano y siguió su camino hasta el fondo, no había ninguno de sus amigos, así que prefería sentarse sola. Las murmuraciones no tardaron en llegar, había un tufo indescriptible que apuntaba directamente a ella. Sofía respondía a todas esas miradas y cuellos vueltos, con ojos desafiantes, como diciendo "Sí, soy yo la de los huevos podridos ¿y qué?".

La clase no estaba llena ni mucho menos cuando llegó un profesor flaco y larguirucho que dijo ser el de mates.

—Tenéis el horario sobre la mesa.

Efectivamente, en ese momento Sofía se percató de que había varios papeles sobre la mesa, entre ellos su horario de aula. Antes de que hubiera acabado de leerlo, el profesor comenzó a explicar en qué iba a consistir la asignatura, qué contenidos se iban a dar ese trimestre y le dio a un alumno unos folios impresos para que los repartiera entre los asistentes. Luego pasó lista. Sofía se sorprendió de la cantidad de alumnos que faltaban y no podía dejar de pensar en que seguramente

habían sido presa de las novatadas y habían vuelto a sus casas, ¿por qué no había hecho ella lo mismo?

Entre los papeles, también había una solicitud para el reciclaje de libros. Pero ella ya los tenía pagados.

Cuando el profesor, acabó de pasar lista, una chica levantó la mano.

—Disculpe, a mí no me ha dicho.

—¿Cómo que no? ¿Cuál es tu nombre?

—Amparo Rodríguez García.

—Pues en esta lista no estás, así que fuera.

—Pero, señor...

—Ni pero ni peros. Fuera.

La chica cogió sus cosas entre lágrimas y salió de la clase. El profesor le quitó importancia al asunto y ordenó que realizaran la prueba inicial, que era para saber el nivel con que empezaban el curso. Siguió diciendo que este año era más difícil, que necesitarían una agenda, que el tutor se la daría, y que en ella podrían apuntar los deberes y los asuntos importantes a tener en cuenta, como exámenes, fechas de entrega de trabajo, excursiones, etc.

Sofía miró su examen, pero no entendía nada. De repente el profesor hizo un sonido con la nariz, una inspiración fuerte y corta que acababa en una mueca de asco, aclarando que algún olor le perturbaba. Entonces se abrió la puerta y apareció un chico, era alto, parecía mayor, tenía la piel morena, los ojos verdes, almendrados, y el pelo castaño claro, largo hasta los hombros. Algo hizo que Sofía quedara perpleja: el chico también llevaba una mancha de huevo podrido en la camiseta. Ya no se sentía tan sola en el campo de batalla. Le daban ganas de levantar la mano, pero se contuvo.

—¿Quién eres? —dijo el profesor.

—Quim Torres, señor.

El profesor comprobó que estuviera en la lista y le indicó que cogiera asiento y empezara la prueba.

El chico caminó por el pasillo y no le costó toparse con la mirada de Sofía, que le seguía con los ojos. Quim le hizo un gesto señalando la camiseta y enseguida conectaron, o eso le pareció a Sofía, que sonrió como si aquello

que los asemejaba fuera algo bueno.

El hedor a huevo se hizo insoportable y los chicos de alrededor empezaron a quejarse y a murmurar. Sofía se puso roja y deseó no estar ahí. De repente, la conserje llegó con Amparo Rodríguez, que entró con cara entristecida.

El profesor se acercó a la puerta y hablaron durante unos segundos. El de mates cogió a Amparo por el hombro como pidiendo disculpas y la dejó pasar.

Cuando tocó la campana, todavía no había acabado el examen. Lo único que quería Sofía era salir de allí. Los compañeros de alrededor no paraban de hacer arcadas y ella misma empezaba a estar mareada.

Cogió su mochila y se fue corriendo al baño. Sacó el móvil y marcó el teléfono de su padre, varios tonos y el contestador. El huevo se había acartonado. Pensó que era mejor no mojarlo, para evitar aflorar nuevos hedores. Se sentó en el váter y se llevó las manos a la cara desconsolada, no pensaba volver a clase, se quedaría allí hasta la hora de salida. Pasaron las dos siguientes horas, Sofía se había descargado una aplicación y estaba distrayéndose como podía, cuando entraron dos chicas que no eran de su clase y se encendieron un cigarrillo.

—Has visto la cara de Amparo cuando bajó llorando las escaleras.

—Sí, todo ha salido según lo previsto, está claro que se ha llevado un buen susto.

—Me hubiera gustado que la dejaran sin plaza, eso sí que hubiera sido bueno.

Sofía miró por la ranura de la puerta y solo alcanzó a ver un pañuelo de un verde intenso que estaba decorado con flores azules, pero no lograba ver las caras de aquellas chicas.

Apagaron el cigarro, lo descapullaron y dejaron la chusta escondida encima de la repisa más alta que había. Sofía salió de su escondite. En el pasillo, ni rastro de aquellas dos chicas. Entonces sacó el móvil y volvió a intentar llamar a su padre. Al mirar al frente, vio a Quim, el desconocido atractivo y éste pareció reparar en ella, de repente empezó a hacerle gestos de que colgara el teléfono, hacía exagerados aspavientos. Sofía escondió el teléfono y justo salió de la esquina un profesor con cara de pocos amigos, luego descubriría que era el de sociales. Sofía se acercó hasta Quim, estaba avergonzada, pero sus padres le habían enseñado modales y fue a agradecerle el que la hubiera avisado, solo que no le salían las palabras, se quedó plantada delante de él moviendo la mirada de un ojo de Quim al otro y con la boca abierta como para empezar una

frase.

—No ha sido nada— dijo el chico.

Sofía notó que alguien la agarraba del brazo por detrás, era Laura.

—Tía, ¿dónde estabas? ¿Qué tal tu clase?

—Fatal, Laura, mi clase es un rollo, ¿has visto esto? —dijo señalándose la camiseta.

Laura abrió la boca como si acabara de ver un fantasma.

—Corre, ven, tengo otra camiseta en la mochila.

—¡Espera! —Sofía no estaba dispuesta a perder lo único que le unía al chico misterioso— Da igual, no soy la única. Ves ese chico de ahí, se llama Quim, está muy bueno, tía, a él también le han tirado huevos.

—¿Va a tu clase?

—Sí.

—Ala, has triunfado.

Sofía comenzó a reír, le dio un ataque, no podía parar. Si a eso se le podía llamar triunfar, ya no le hacía falta aspirar a más. Dentro de lo ridículo de la situación, sintió una especie de conexión entre aquel chico desconocido y ella. Se pasó las horas que quedaban mirándolo de reojo desde su pupitre y él se dio cuenta enseguida, era demasiado evidente. Quim empezó a sentirse incómodo y se giraba de vez en cuando para sonreírle con cara de miedo.

"Qué mono", pensaba Sofía, que sin darse cuenta estaba a punto de entrar en la categoría de obsesa patológica.

Por fin se centró, no puedes estar más de cinco minutos en la misma postura y sin pestañear, porque te puede entrar tortícolis y se te secan los ojos. En ese momento recapacitó y se dio cuenta de que se había perdido lengua y biología. Tocaba sociales. El profesor tenía cara de pocos amigos pero hacía alguna broma de vez en cuando. Sofía pensó que ese era el típico exigente y que más le valía portarse bien en su clase. Por fortuna, se le daba bien mirar al frente y aparentar estar atendiendo.

—Y tendréis que sacar apuntes... —dijo Bartolomé de las Casas de pie delante de la pizarra.

"¿Cómo?" pensó Sofía. ¿Para qué coger apuntes si todo está en los libros? ¿Es que ese hombre tenía información privilegiada?

—Y a los vagos, avisados estáis, mi asignatura no se aprueba fácilmente. Hay que dejarse la piel.

Nadie dijo nada. El silencio parecía tres silencios superpuestos uno encima del otro, aplastando las cabezas de todos aquellos alumnos con una presión incombustible. Sofía se abandonó y dejó caer la cabeza entre sus brazos.

—Usted, ¿se puede saber qué le pasa? ¿Tiene sueño? Pues si tiene sueño ahora que estamos en septiembre, me da la impresión de que nos vamos a llevar mal el resto el curso. No sea maleducada e incorpórese.

"Genial, haciendo amigos", pensó Sofía. Amparo se la quedó mirando y por un momento sintió como si la conociera, a Sofía le sorprendieron sus ojos asustados y ese aire a espectro manga que tenía. Amparo, en seguida, giró la cabeza y empezó a jugar con la punta de la hoja.

La siguiente fue la profesora de música, era una chica muy joven, no tendría más de veinticinco años y estaba igual de perdida que los alumnos. Como habían hecho los anteriores antes que ella, explicó en qué iba a consistir su asignatura, pero le costaba mantener la mirada sobre el auditorio. Agarraba con fuerza la hoja e iba enumerando los contenidos. Los alumnos aprovecharon para relajarse, lo que a partir de entonces iba a ser habitual en sus clases. Teresa, se llamaba. No duraría mucho, la pobre. Sofía se levantó y fue a sentarse al lado de Amparo.

—Hola, soy Sofía, ¿qué tal?

Amparo sonrió levemente.

—¿Qué ha pasado, por qué no estabas en la lista?

La tímida chica hablaba sin levantar la cabeza.

—Según me ha dicho la directora, alguien llamó al instituto hace tres días haciéndose pasar por mí y diciendo que me cambiaba de instituto.

Sofía se acordó de las fumetas del lavabo, solo le venía un insulto a la cabeza. Le puso una mano a Amparo en el hombro y cuando la chica se giró y la miró a los ojos le dijo que era una putada y que lo sentía mucho. Le preguntó que si sabía quién podría haber sido. Amparo asintió. Sabía perfectamente quién había sido. Noelia, su antigua hermanastra.

—Mi madre estuvo saliendo con el padre de una chica que ahora me odia, porque su padre y mi madre lo dejaron. Bueno, ya me odiaba antes. Yo

imagino que ha sido ella porque no se me ocurre nadie más.

—Vaya plan, cuánto lo siento. Si te digo la verdad, antes en el baño, he oído a dos chicas comentando lo que te había pasado y parecían mala gente.

Amparo estaba a punto de llorar.

—Oye, pero que les den, son unas amargadas. Quien te haya hecho eso, está muy aburrida y no sabe qué hacer con su vida.

Amparo sonrió enérgicamente como muestra de agradecimiento y ambas entendieron que iban a llevarse bien. Durante el segundo patio, estuvieron paseando juntas. Amparo le contó que venía del colegio de monjas y que tenía una hermana pequeña. Ambas coincidían en eso, Sofía le habló de Pablo y le dijo que le quedaban dos años para entrar al instituto. Hablaron sobre lo de ser la hermana mayor, la responsable, la pionera y la que siempre se lleva las peores broncas.

Iban caminando por el patio cuando, de repente, se toparon con dos chicas más mayores. Sofía enseguida se percató del pañuelo verde con flores azules. Las dos chicas entraron a la gresca metiéndose directamente con Amparo, Sofía quiso interceder, pero la apartaron de un empujón. Una de las chicas, empezó a insultar a la madre de Amparo, por lo que Sofía dedujo que esa debía ser la antigua hermanastra. Sofía cogió una piedra del suelo y la tiró contra aquellas dos, que la miraron como si fueran a matarla. Entonces Sofía y Amparo salieron corriendo hacia el edificio, subieron las escaleras de la derecha y empezaron a forzar los pomos, todas las puertas estaban cerradas. Había algunos alumnos por los pasillos. Amparo gemía y Sofía resoplaba nerviosa. La campana sonó y los alumnos se agolparon sobre la puerta de 1º B. Parecían estar a salvo. La profesora de educación física llegaba en ese momento al aula, abrió la puerta y todos los alumnos entraron a tropel incluidas las dos niñas.

—Tenemos que decírselo a la profesora...

Amparo se negó.

—No, no, no, no tenemos pruebas de que fueron ellas las que llamaron por teléfono al centro y en el patio ha parecido que las agredíamos nosotras, ¿por qué has tirado la piedra?

—Es verdad, no sé, esto parece la selva.

Amparo se rió con ganas por primera.

—Bueno, gracias por defenderme.

La profesora explicó que a partir del siguiente día la clase se daría en el gimnasio, les hizo hacer fila india y les llevó a las instalaciones. Una vez en el gimnasio los alumnos se sentaron en el suelo y empezó la explicación de en qué iba a consistir la asignatura. Había tantos nombres técnicos que Sofía se perdió, jamás había hecho deporte, aparte de nadar en la playa y cuatro clases de equitación.

Cuando sonó la campana, Amparo y Sofía salieron disparadas y bajaron andando hasta la ciudad. Por el camino siguieron reviviendo una y otra vez el percance de la piedra, la novatada del huevo podrido, repasaron los chicos guapos, insultaron a las dos chicas bordes que se habían metido con ellas, etc. Estaban contentas, había sido un gran día después de todo, al menos, se habían librado de una torta asegurada. La ex hermanastra de Amparo parecía de las que pegan, porque era más mayor, más fuerte y corpulenta que ellas y tenía muy mala leche, además de despedir un olor nauseabundo entre orines, sudor y tabaco.

Se dieron cuenta de que vivían relativamente cerca, lo cual era genial. Quedaron para subir juntas al día siguiente.

Una vez en su casa, mientras se duchaba para deshacerse de aquel terrible olor a huevo podrido que la había acompañado toda la mañana, pensaba en que no le había ido tan mal. Pasó la tarde hablando por el whatsapp con Laura, que estaba molesta porque no la había esperado a la salida y porque no la había buscado durante el patio. Pablo jugaba a la consola y el padre de Sofía leía en el salón. Cenaron pizza, la sorprendió que su padre no le preguntara nada sobre cómo le había ido su primer día, le decepcionó un poco, pero no dijo nada. Simplemente llevó su plato a la pila, dio las buenas noches y se fue a su dormitorio.

Ya en la cama, esbozó una sonrisa. Pensó en escribir a Misae, pero ya era tarde y estaba muy cansada. Tenía que dormir bien para tener buena cara al día siguiente. Ir al instituto no iba a ser tan malo a fin de cuentas. Recordó los ojos verdes de Quim, tenía algún que otro grano que deformaba sus facciones, pero su boca era carnosa y sus ojos poblados de pestañas, un lugar en el que otear el infinito. De repente sonó el teléfono, otra vez el número misterioso.

"Hola..."

Sofía tuvo miedo. Pero no reaccionó, pensó que ya tenía algo más que contarle a Laura y a Amparo al día siguiente, se dio media vuelta y se quedó dormida.

Capítulo 3

—Quim, ¿quieres un poco más de ensalada?

—Sí, sí, claro, muchas gracias.

—Sergio, quita los codos de la mesa, haz el favor.

—Siiiiiii, mamá. —respondió Sergio un poco molesto.

Cuando acabaron de cenar, Quim se levantó para ayudar a la madre de Sergio.

—No hace falta, cielo. —dijo la madre de Sergio, sujetándole de la muñeca con firmeza y mirándole con sus bellos y dulces ojos negros— Ya lo hago yo.

A Quim esa voz le parecía muy melódica. La madre de Sergio tenía la voz perfecta, ni muy aguda ni muy grave, entonada, dulce, suave, delicada. Tenía el pelo más rizado que jamás había visto, unos rizos perfectos que le caían sobre sus hombros del color de la caoba. Sergio se daba cuenta de la manera en la que Quim miraba a su madre, pero todavía no le había dicho nada. Pensaba que era un degenerado, pero no mucho más que él mismo.

—¡Eh, Quim! —dijo Sergio—¿Vienes?

Quim se humedeció los labios y observó la espalda perfecta de la madre de Sergio que se contoneaba de camino a la cocina.

—Tío, no mires así a mi madre, porque como se dé cuenta mi padre, ya no te deja entrar por esa puerta.

—Tío, ¡Estás loco! qué cosas dices... Bueno, reconozco que tu madre es una gordita sexy.

—Ya, ya... no vuelvas a decir eso.

Entraron en el dormitorio de Sergio.

—¿Qué tal la clase que te ha tocado? —dijo Quim.

—No está mal, volvemos a tener a César en mates.

—¡Qué suerte! Yo tengo a Santi.

—¿Y tú qué tal?

—Son muy niños, tío, se nota mucho un año.

—Ya, tío, no sé por qué has tenido que repetir, este año pinta aburrido sin ti en clase.

Quim esbozó una sonrisa de complacencia. La liaban mucho el año pasado en primero, hasta el punto de que Quim se pasaba las mañanas en jefatura. Sergio era más listo y no se dejaba cazar tan fácilmente, pero Quim siempre acababa metido en líos.

—Este año voy a ir de tranqui, tío, paso.

Hicieron una pausa.

—Oye— dijo Sergio— ¿qué tal las tías de tu clase?

—Muy crías, tío.

—Pues en segundo la cosa cambia bastante, están todas el doble de buenas que el año pasado y hay repetidoras. Van de malotas tío, esas follan.

—Suerte, tío.

—Mira...

Sergio se sacó el móvil y empezó a enseñarle perfiles de Instagram y Whatsapp, estuvieron un rato puntuando tetas y culos hasta que la madre de Sergio golpeó levemente la puerta. Asomó la cabeza y dijo.

—¿Te quedas a dormir, Quim?

Para Quim eso había sonado a proposición personal, porque la voz de aquella mujer le atrapaba, todo en ella: los gestos, la forma de moverse, de mantener la mirada, de entornar los ojos, la manera que tenía de apretar los labios al sonreír le hechizaba.

—No, gracias, Janet, mañana es martes y no quisiera molestar.

—Bueno, ya sabes que no es molestia, Quim.

—Gracias, de verdad, hoy prefiero irme a casa. —Miró la hora, ya eran las nueve pasadas. Dio un salto de la cama al suelo— Me voy.

Janet salió de la habitación para dejarles solos. Hacía muchos años que conocía al pequeño Quim y le daba mucha lástima, sabía que su situación

en casa no era estable y quería ayudarle en lo que pudiera. Por eso el chico comía o cenaba a menudo con ellos.

El chico salió a la calle, estaba acostumbrado a la soledad, no la que depende de los demás, sino a la soledad del alma, eso le había permitido mantenerse fuerte y no flaquear ante las adversidades, que desde bien pequeño parecían plagar su vida. Le dio una patada a una lata y sonó el maullido atormentado de un gato callejero. Entre las estrellas del firmamento, le sobrevino una imagen de su padre pegando a su madre y luego a él. Recordaba lo asustado que estaba siendo un niño de apenas cuatro años que no entendía nada, pero que estaba acostumbrado a eso, a que en su casa se viviera con miedo bajo la autoridad de un hombre malo. Al comparar su vida con la de Sergio, se alegraba por su amigo, pero le hubiera gustado tener a mitad de amor que Sergio había tenido. Con eso habría sido suficiente. El carácter bonachón de Quim era lo que le libraba de convertirse en otro hombre malo, él se daba cuenta de la importancia que tiene el cariño, la familia y apreciaba cada buen gesto. No se peleaba contra el mundo ni estaba enfadado con su destino, aceptaba la vida como venía, a veces de estómago y otras de cara o de zancadilla, se veía a sí mismo como un tanque. Y era feliz, a su manera. Solía centrarse en las pequeñas cosas, como un destello de luz que, al pasar por una fisura del techo, iluminaba el interior de un desván abandonado. Los pájaros haciendo formas en movimiento sobre el cielo en plena naturaleza. Eso le daba paz. Un ratoncillo pasó corriendo por delante de él. Quim pensó que era de lo más simpático. Lo siguió con la mirada hasta una esquina sombría. El ratoncillo desapareció en la oscuridad. Por un momento recordó el día en que su padre no encontraba la cartera, iba buscándola por toda la casa y gritando que iba a matar a su madre, le echaba la culpa, Quim sabía que nadie se habría atrevido a esconderle la cartera ni si quiera a tocarla, simplemente su padre la había perdido y no aceptaba que no era culpa de nadie. Pensó que quizás estaba en la barra del bar o se le había caído por la calle, pero no osó decir nada. Estaba callado con cara de preocupación, tenía seis años, en sus manos había un pequeño dinosaurio T-Rex de plástico y un muñeco de Godzilla. Dejó de jugar. Su padre se acercaba enfadado. El padre comenzó a descargar su ira, primero con manotazos en la cabeza. Lo arrinconó en una esquina a base de golpes. Quim tenía las manos sobre la cabeza y no decía nada, ni se quejaba ni gritaba, estaba acostumbrado a ver pasar el chaparrón. Pero ese día su padre fue demasiado lejos. Empezó con las patadas. Quim no lloraba, no se defendía, solo deseaba que acabara. De repente notó un dolor muy fuerte cerca del estómago, por un momento abrió los ojos y la boca. La mirada se le quedó en blanco y se desmayó. Cuando despertó estaba en una cama de hospital, le había explotado el bazo y tuvo que estar mucho tiempo ingresado en cuidados intensivos. La enfermera sabía que apenas habían venido a verle durante ese tiempo. Se acercó a la puerta y sintió una punzada en el pecho al ver a Quim con la cabeza ladeada, mirando hacia la ventana. Había algo en su expresión que la conmovía y la revolvía el estómago, quizás sus ojos tristes y profundos,

quizás su boca seria y tensa, o ese aire de derrota. La enfermera era Janet. Conocía perfectamente a aquel chiquillo porque iba a la escuela con su hijo Sergio. La psicóloga infantil entró en la habitación y estuvo interrogando al niño.

Su padre vino a verle una tarde. Le saludó como si nada hubiera pasado. Estaba sobrio, dijo que encontró la cartera en el coche. Ni un "¿cómo estás?", ni un "perdóname", ni un "¿te duele?". El niño bajó la cabeza con una expresión de suma tristeza en el rostro. Por casualidad, Janet pasaba por la habitación y lo vio, corriendo fue a llamar a la policía, que ya estaba al tanto de los maltratos a los que el niño había sido sometido. No tardaron. Cuando el padre salió del hospital, le esperaban dos agentes de paisano, que le detuvieron y le llevaron a comisaria.

Janet estaba frente a su taquilla, había un paquetito envuelto en colores llamativos, era el regalo de cumpleaños para un amigo de su hijo. Lo sostuvo entre las manos y pensó que el mejor destino para ese juguete en ese preciso momento era Quim. Se puso el regalo a la espalda y entró en la habitación, lo que vio a continuación la asustó sobre manera, se encogió de hombros y el regalo se le cayó de las manos, miro para todos lados, pero el niño había desaparecido.

Lo encontraron a un kilómetro. Cruzando el puente del primer cinturón de ronda. Dijo que se iba a Australia, porque su sueño era ser cazador de tiburones.

Ya de vuelta en el hospital, Janet se sentó a su lado y le mostró el regalo.

—¿Es para mí? —dijo tímidamente.

—Sí, cariño, ábrelo, seguro que te gusta. —la enfermera estaba a punto de llorar, pero contuvo las lágrimas. Le había visto pasar solo la última semana. Su madre dejó de venir al cuarto día arguyendo que tenía que trabajar. Sin embargo, Janet supo por el niño que su madre estaba parada, así que si no venía era porque no le daba la gana.

El regalo era un muñeco de Star Wars. Quim sintió un impacto al verlo. Le encantó, pero se le agolpaban muchas emociones y se puso a llorar.

A los tres días le dieron el alta y se lo llevaron los de asuntos sociales. Pasó varios años en un centro de menores. Y a los doce años su madre le reclamó.

Sin darse cuenta ya había llegado al edificio donde vivía con su madre. El portal estaba a oscuras, el sonido metálico se le metió por el cuerpo y le dio un escalofrío. Subió por las escaleras hasta el quinto piso. La puerta

estaba entornada, pero no había nadie en casa.

—¿Mamá?, ¿mamá?

Ni rastro de su madre, si es que se le podía dar ese sobrenombre, pues parecía más una compañera de piso. Quim estaba acostumbrado a estar solo, últimamente su madre se había echado un novio nuevo y pasaba mucho tiempo fuera de casa. Solía ir a la compra con algo de dinero que le dejaba su madre en la mesa de la cocina. Ese tipo de detalles le habían convertido en un chico más autónomo de lo que era habitual a su edad. Su naturaleza ordenada y serena hacía de él una persona muy habilidosa. Todo lo aprendía de forma autodidacta con vídeos de Youtube y tan pronto se cocinaba unos huevos revueltos con setas, guisantes y bacon, como se hacía pasta carbonara. Solía tener su cuarto ordenado, una estantería llena de botes de pintura en spray de multitud de colores, varias mascarillas en un bote de cristal. En una de las paredes había pintado un graffitti en el que aparecía una calavera fumando y su mote —Solder— escrito de manera que las letras se entrelazaban las unas con las otras en un laberinto de color. Echó un vistazo a sus cosas y se dijo que todo se lo había costeado solo, trapicheando.

Capítulo 4

En la mitología griega, Pandora fue la primera mujer. La crearon los dioses para castigar a los hombres, tras haber recuperado el fuego junto a Prometeo. Pandora fue modelada en arcilla por Hefesto con la figura de una encantadora doncella. Afrodita le otorgó la gracia y la sensualidad, Atenea la vistió con un bello atuendo y le dio el don de dominar el telar, y Hermes sembró en su ánimo mentiras, seducción y un carácter inconstante. La idea de Zeus era construir un "bello mal", un presente que los hombres se alegraran al recibirlo, aceptando en realidad un generador de desgracias. Según Hesíodo, los hombres habían vivido hasta entonces libres de fatigas y enfermedades, pero Pandora abrió un ánfora que contenía todos los males liberando todas las desgracias humanas. Consiguió cerrarla y lo único que se conservó en su interior fue la esperanza.

—La expresión "caja de Pandora" en lugar de jarra o ánfora es una aportación renacentista— dijo el profesor de lengua.

Sofía levantó la mano.

—¿Eso no es un poco machista?

—Sí, Sofía, forma parte de la literatura misógina.

Todos los alumnos coincidían en algo, no sabían qué significaba esa palabra. El profesor se dio cuenta y abrió una pestaña en el ordenador. Diccionario de la Real Academia:

—Misoginia: aversión a las mujeres. La literatura misógina es la que desde tiempos inmemoriales alerta sobre la maldad de la mujer. Y sí, a día de hoy, se puede considerar machista. Pero bueno, es solo un mito.

—Sí, ya, pero habla mal de las mujeres, no debería aprenderse en un instituto.

—Sofía, es historia, es un relato más que pertenece a la literatura universal, es la forma que tenían los griegos de explicar el mundo en el que vivían hace más de mil años. A día de hoy, por supuesto, lo vemos desde otra perspectiva, pero no deja de ser algo cultural, que no está de más aprender.

—Pero, ¿por qué aprendemos que las mujeres son malas?

—No aprendemos que las mujeres son malas, aprendemos que en aquella época tenían esa forma de ver el mundo. Vemos que choca con nuestra forma de entenderlo hoy en día y eso no es malo, nos ayuda a entender

nuestra realidad.

Sofía seguía sin estar de acuerdo. Pero antes de que pudiera replicar, sonó el timbre.

El de lengua ya se había ido y el profesor de sociales no llegaba. Pasaron unos diez minutos y no subía nadie. No era la primera vez que llegaba tarde. Solía hacerlo. Esos minutos extra entre clase y clase eran la mejor excusa para que el ambiente se revolviera. Fotograma a fotograma, la impaciencia hacía que muchos acabaran levantándose de sus sillas para ir a ver al compañero de la otra punta, las voces comenzaban en murmullos y terminaban en declaraciones a gritos, risas aquí y allá, el martilleo de unos cascos demasiado altos, varios niños jugando a la pelota al final del aula, aviones de papel sobrevolando sus cabezas. Sofía se miraba las uñas mientras hablaba animadamente con Amparo, que en vez de atenderla miraba hacia Germán preguntándose a qué se debía el revuelo que estaba formando en clase. Germán se acercó a ellas.

—Sofía, dame tu reloj.

—¿Para qué lo quieres?

—Mira, *quilla*.

Levantó el brazo para ponerlo a la altura de sus ojos. Iba de relojes hasta el codo. Sofía no pudo contenerse la risa.

—¿Qué haces?

—Nada, *quilla*, ya lo verás, dame tu reloj.

Sofía y Amparo se miraron y echaron a reír. Ambas se quitaron los relojes y le ayudaron a ponérselos. Germán dio un repaso a toda la clase hasta tener el brazo lleno de relojes, de la muñeca al hombro.

A los cinco minutos llegó el profesor de sociales. Todo el mundo se sentó correctamente en su sitio, pero se oían algunas risitas contenidas. El profesor miró hacia su audiencia con actitud sospechosa. De repente, Germán levantó el brazo a rebosar de relojes como queriendo ser atendido y dijo.

—Perdone, señor, ¿qué hora es?

Una ola de risas inundó la estancia. El profesor le clavó la mirada como atravesando su cerebro con un rayo láser para descomponerlo en moléculas y le mandó fuera de clase. Una vez en el pasillo, Germán se dirigió al sitio de siempre, donde solía quedar con Quim y Sergio para hacer pellas. Cuando llegó, le esperaba Quim, que acababa de llegar al

instituto y se había ido directo al escondrijo. Al ratito apareció Sergio.

—*Quillo*, cómo has *tardao*.

—Me ha costado la vida convencer a la de lengua de que me dejara ir al baño...

Quim le dio una palmadita en la espalda y se levantó para tomar el sol de octubre, con los ojos entreabiertos, estiró los brazos desperezándose. Sergio miró la hora e hizo señales de que había que irse. Germán se arregló el dobladillo de las mangas de la camiseta y miró fijamente a Sergio.

—Oye, ahora cuando suene la campana del patio, nos *vamo* a la puerta de salida y nos *colamo*.

El conserje tenía una manera única de caminar moviendo los pies a un lado y al otro como arrastrándolos. Como solía hacer cada día, abrió la puerta para dejar pasar a los de bachillerato. La mole metálica chirrió produciendo escalofríos a todos los que estaban alrededor. El hombre, que ya de por sí mostraba cara de pocos amigos, contrajo el gesto en una mueca horripilante.

Quim se acercó a un grupo de primero y preguntó si alguien les hacía el favor de distraer al conserje mientras salían. No le faltaron voluntarios. Un grupo de cinco niños rodeó al conserje y empezó a hacerle preguntas. El hombre se sentía apabullado y no entendía a qué venía tanta indagación. Le hacían preguntas absurdas, le enseñaban carpetas, camisetas, le preguntaban por su vida, casi tenía que apartarlos con la mano para que no invadieran su espacio. Quim, Sergio y Germán Salieron a gatas, sin ser vistos, y corrieron para la derecha, hacia la casa de Germán.

El portal estaba abierto y al fondo se veía una escalera vieja de madera. Subieron tres plantas, Germán abrió la puerta de la derecha girando las llaves dos veces y haciendo un movimiento para acompañar la puerta. Una vez dentro, encendieron la play y la música y se pusieron cómodos. Había un barreño con la ropa de la colada justo a la entrada del salón, Germán lo llevó al lavadero y puso una lavadora. Cuando volvió Quim y Sergio ya habían acabado la primera partida. Sergio notó un dolor en la boca del estómago y se puso la mano en la tripa con el gesto contrahecho. Los tres estaban muertos de hambre. Germán abrió la nevera, dio un repaso y vio el taper.

—Tengo croquetas.

Quim y Sergio asintieron. Apenas cabían en la cocina. Germán sacó las croquetas del congelador. Quim vertió el aceite en una sartén y Sergio

encendió el fuego. Germán fue a echar las croquetas.

—¡Espera! —gritó Sergio, los otros dos chicos se quedaron mirándole asombrados— Que hay que dejar que se caliente el aceite, sino quedan aceitosas. — aclaró el muchacho.

—Jo, tío, de aquí a Masterchef. —dijo Quim.

—Sí, *quillo*, te has puesto finolis.

—No sabéis ni hacer unas croquetas bien hechas, tío.

La primera tanda salió quemada. La segunda se podía comer, porque bajaron un poco el fuego. Ya en el salón, abrieron unas coca-colas, se pusieron cómodos delante de la play y a comer croquetas a las diez de la mañana.

Germán hacía poco que había venido a vivir a Ibiza. Su padre solía hacer la temporada en Ibiza y luego volver a Cádiz, pero ese mismo verano, el jefe le ofertó una plaza fija para todo el año y no se lo pensó dos veces. Germán echaba de menos Cádiz, pero tras conocer a Quim y Sergio a principio de curso, le fue más fácil adaptarse.

Al cabo de una hora, Sergio propuso volver a clase.

—Hay que racionalizar, chicos, que si no se nos acumulan las faltas y luego llaman a mi madre.

—Vale, *quillo*, pero primero me *ayudai* a tender la ropa.

—Sí, hombre, qué te has pensado que somos las chachas. —dijo Sergio.

Germán cogió la última croqueta y se la llevó a la boca.

—Me *ayudai, cohone.*

Ahí estaban los tres en el balcón de la casa, como tres marujas, tendiendo camisetas y pantalones. Germán explicando que su madre lo tiende así y Quim diciendo que si esas bragas son de su abuela. Germán exponiendo sus razones sin olvidar mencionar a la madre de Quim y Sergio riendo.

—Tío, se me acaba de ocurrir una muy gorda.

Sergio y Germán acercaron las cabezas con curiosidad y Quim comenzó con su idea. Hacía movimientos con las manos mientras hablaba y sus amigos asentían complacidos. Cuando acabaron de tender su último calcetín, se tiraron al sofá un último segundo antes de volver a clase. Sergio tenía las manos bajo la cabeza, Quim tenía la cabeza apoyada en el

respaldo y miraba hacia el techo de gotelé.

—La que se va a liar. —dijo Germán y se levantó de golpe.

Aprovecharon que entraba un profesor y se metieron en el instituto. Todavía no había tocado la campana. Buscaron el aula de Sergio, que estaba vacía, porque a esa hora tocaba optativa. Había pocas cosas, pero alguien se había dejado la mochila. Germán sacó un candado y cinta aislante de una bolsa. Después de candar la mochila a la mesa, empezaron a rodearla con la cinta aislante hasta que acabaron el rollo. Germán guardó la llave en el bolsillo del pantalón y los tres salieron del aula sin ser vistos.

Cuando sonó la campana, varios alumnos volvieron a clase para coger sus cosas, entre ellos Luis, el propietario de la mochila. La cara se le descompuso al ver su mochila pegada a la mesa. Varios compañeros se acercaron para ayudarle a sacar la mochila del aprieto. Empezaron desenrollando la cinta adhesiva, pero ya empezaban a entrar alumnos de tercero, porque en esa hora les tocaba educación física, así que ellos se iban al gimnasio y la clase era ocupada por los de tercero. Luis se fue quedando solo, seguía quitando cinta adhesiva cuando entró la profesora de inglés, que le pidió que abandonara el aula. Estaba completamente blanco, empezó a estirar la mochila, pero el candado era irrompible. La profesora empezó a pasar lista y un ruido le hizo levantar la cabeza, era Luis arrastrando la mesa pesadamente hacia la puerta de atrás. Todos los alumnos le miraban, dos niños se levantaron a ayudarle para que lograra encajar la mesa por la puerta, pero parecía que no entraba, estaba atrancada, la mochila se había quedado pillada entre la mesa y la puerta. Empujaron como pudieron y la mesa salió disparada al pasillo, la mochila seguía colgando del candado.

Sergio se acercó a Luis con la llave en la mano, no podía parar de reír y Luis no podía parar de insultarle. Dejaron la mesa abandonada en el pasillo y bajaron al gimnasio.

Sofía se preguntaba dónde estaría Quim, no le había visto en toda la mañana.

—Amparo, amparo...

Amparo la miro de reojo. Estaba haciendo los deberes de mates. Sofía siguió hablando.

—Este fin de semana, me gustaría ir al antro, me acompañas.

—No sé, Sofía, ¿qué se nos ha perdido allí?

—Quim me dijo que suele estar allí jugando al futbolín con sus amigos. Oye, Amparo, les decimos a nuestros padres que vamos al cine, nos despedimos, hacemos como que vamos a comprar las entradas y, cuando se hayan ido, salimos del cine y nos vamos al antro. Volvemos a la hora que acaba la peli y esperamos a que nos recojan, ¿qué te parece?

Amparo sonrió, le parecía una misión interesante, propia de una serie de espías del Clan.

—Vale.

En ese momento no lo sabía, pero con una simple palabra, había abierto la Caja de Pandora.

Capítulo 5

Sofía y Amparo se despidieron de sus padres a la entrada del cine. Desde el balcón de la entrada al cine, Sofía siguió con la mirada a su padre. Todo estaba saliendo como lo habían planeado. Amparo también observó cómo su madre se metía en el coche. No sabía muy bien porque había aceptado la invitación de su amiga, no le parecía bien mentir y no estaba segura de si le iba a gustar el antro. Sentía un nudo en la garganta y apretaba con fuerza los puños. Cuando les vieron arrancar y circular por el aparcamiento, se escabulleron por las escaleras traseras, cruzaron la valla de un metro de hormigón y subieron las escaleras de la bolera. Estaba oscuro, las luces de neón parpadeaban deslumbrándolas y resaltando su entrada. Se acercaron a la barra y buscaron su objetivo, las pistas estaban todas ocupadas, pero ni rastro de Quim. Caminaron hacia la sala de juegos y allí estaba, jugando al futbolín con Sergio, Germán y un rubio que desconocían.

Se hicieron las encontradizas, Sofía iba delante con una enorme sonrisa de presentación y Amparo, dos pasos más atrás, con gesto tímido y las manos cruzadas sobre el pecho. Ambas despedían el candor propio de su edad temprana y sus ojos brillaban de emoción. Sergio saludó con la mano izquierda y siguió mirando el futbolín, Quim siguió empuñando el mango y echó una mirada a ambas chicas, deteniéndose en Amparo. La miró directamente a los ojos.

—Este sitio no es para ti, ¿no? No te pega.

Sofía se quedó perpleja, no esperaba ser ignorada.

—¿Por qué dices eso?

Quim no respondió, acabó la partida en ese mismo momento, chocó la mano con su amigo y se acercó a Amparo. Ella no sabía qué decir, no se lo esperaba y no tenía un especial don de gentes. Quim simplemente la cogió de la mano y le dio un beso en la mejilla.

—Estás muy guapa.—le susurró al oído, ella palideció y se quedó tensa, podía sentir su perfume azucarado y fresco. Él giró la cabeza casi rozando su piel aterciopelada, Amparo sintió escalofríos, no se atrevía a mirarlo. Él llevó su mano a la barbilla de Amparo con un movimiento suave y motivó que sus miradas se cruzaran de nuevo. Amparo subió la mirada lentamente sintiendo el cálido tacto de su mano en la barbilla, Quim rozó su labio inferior con el dedo pulgar y le guiñó un ojo.

¿Estaba ligando con ella? ¿Quería tomarla el pelo? No estaba muy segura, pero le había agradado el beso y notar el tacto de su piel sobre sus labios la dejó extasiada. Aún seguía sosteniendo su mirada, como paralizada

por una pausa reconfortante, cuando Sofía la agarró de la mano y la arrastró hacia sí misma.

—Vamos a tomar algo —dijo con tono de enfado.

—¿Por qué?

Cuando llegaron a la barra, Sofía estaba muy alterada, casi iba a llorar, sus mejillas estaban sonrojadas y hacía pucheros.

—¿Qué te pasa? —dijo Amparo, que acercó una mano al hombre de Sofía como abrazándola.

—Es Quim, intenta ponerme celosa contigo.

Amparo se contrajo, de repente se sentía la cosa más insignificante del universo. No le había dado tiempo a saborear ese instante mágico del beso en la mejilla, y ya se desmoronaba como castillos en el aire. Aún notaba el peso de esos labios sobre su rostro, el suave contacto de su mano y ese perfume único, pero Sofía había conseguido que la ilusión que Quim había despertado en ella se enturbiara y acabara en inicio de nausea.

—Quiero irme— dijo Amparo.

—No, acabamos de llegar.

—Da igual, me voy al cine, todavía es pronto, ¿te vienes?

—No, mira por ahí llega Laura, nos tomamos algo y pedimos unas hamburguesas.

—No, Sofía, yo me voy, me encuentro mal.

—Como quieras.

En ese momento Laura tocó la espalda de Amparo. La estampa que se encontró la extrañó bastante, Sofía sonreía y Amparo estaba encogida y parecía triste. Pero no dijo nada, esperó a que la situación fluyera y simplemente saludó alegremente. No conocía suficientemente a Amparo como para preguntarle directamente. No le hizo falta. Amparo se levantó y dijo que se iba, nadie se lo impidió. Laura y Sofía se pidieron unas coca colas. Amparo bajó las escaleras corriendo y llamó a su madre para que la recogiera. La esperó en el paso de cebra. Podía sentir como la soledad se apoderaba de ella y la sumía en la penumbra, las lágrimas asomaron a sus precioso ojos como perlas brillando en la oscuridad. ¿Qué clase de amiga era Sofía? ¿Cuáles eran las verdaderas intenciones de Quim? No paraba de hacerse preguntas, había pasado de estar en el cielo a

descender a los infiernos, solo deseaba llegar a su refugio y olvidar lo sucedido, se dijo a sí misma que nada de lo que había ocurrido importaba.

Mientras tanto, Sofía seguía en la bolera. Charlaba animadamente con Laura, que escuchaba todas sus historias sin rechistar. Ambas bebían sujetando la pajita con una mano y el vaso de tubo con la otra. De repente, Laura se levantó, dejó su copa sobre la barra y se acercó al grupo de Quim. Les propuso jugar una partida a los bolos y ellos accedieron. Sofía se unió al grupo y desde el principio le hizo ojitos a Quim y quiso estar en su equipo. Sofía se sentó a su lado en el banco, podía notar el roce de su cuerpo contra el suyo por encima de la ropa, sus piernas se tocaban desde la cadera a la rodilla, era lo más cerca que había estado de Quim desde que le vio por primera vez. Y deseaba que ese momento se prolongara, ya que le hacía sentir unida a él como si a través de la ropa se filtrara el sentimiento, la emoción y la excitación que se apoderaban de ella y pudiera comunicarse con él, con su alma, a través de ese contacto inesperado.

La partida había empezado, Laura hizo un buen tiro y se giró saltando de alegría, Sergió le chocó la mano y cogió su bolo. Quim miraba a Sergio y Sofía miraba a Quim. Cuando les tocó a ellos, Sofía languideció.

—No sé cómo se hace, ¿me ayudas?

Quim se levantó voluntarioso y se puso detrás de ella, Sofía podía notar cómo su culo encajaba perfectamente contra el abdomen de Quim. Él alargó el brazo para coger un bolo, impulsando suavemente el cuerpo de Sofía hacia delante y apretando aún más sus cuerpos el uno contra el otro. Sofía notó su aliento en la oreja.

—Se coge así. —dijo Quim levantando el bolo con su mano derecha y poniéndolo a la altura de la turbada mirada de Sofía.

Ella se sonrojó de nuevo y sintió un sudor frío en la frente. Alzó ambas manos para recoger el bolo entre ellas. Quim lo posó y sacó los dedos. Luego la agarró de la cintura, le dio un beso en el cuello y la acompañó hasta la pista. Sofía no podía creerse lo que estaba pasando, ni en sus mejores sueños había imaginado algo tan tremendo. Sentía escalofríos por todo el cuerpo y un calor incontrolable a la altura de las mejillas. Su pecho escondía un corazón acelerado.

El bolo iba bien, pero de repente giró hacia la izquierda como por arte de magia y acabó rodando por uno de los laterales.

Lo último que le interesaba a Sofía era la partida, se sentía especial, diferente, madura. Su atracción por Quim iba aumentando y era como si flotara. Todo a su alrededor se había difuminado menos él. Cada roce con

él era como una caricia. Cuando acabó la partida, Quim la cogió de la mano y todos juntos fueron a comer una hamburguesa. Presa de un instinto inesperado, Sofía miró el reloj, la hora marcaba las ocho y media, justo el momento en que acababa la película.

—¡Me tengo que ir!

—Quédate, Cenicienta.

—No puedo, en serio, mi padre llegará en cinco minutos.

Quim la cogió de las manos, todavía no habían pedido nada. Miró a Sergio.

—Ves pidiendo unas hamburguesas, yo voy a empezar por el postre.

Se levantó junto a Sofía sin soltarla de la mano e hizo ademán de acompañarla. Sofía asintió con una sonrisa tímida y los ojos entornados. Llegados a la puerta, pararon bajo el umbral. Quim la agarró por la cintura y la miró fijamente a los ojos, ella hizo lo mismo y esperó a que él la besara. Quim ladeó la cabeza y ambos se sumieron en un beso acompasado y profundo, esponjoso y cálido, suave, lento, con sabor a helado de lima.

—Qué rica estás.

Sofía bajó la mirada y alzó las mejillas con una sonrisa intensa. El beso la había sumido en un estado de calma que parecía poder llevarse a casa y guardar para siempre en un cofre secreto y preciado. Él volvió a besarla, esta vez de forma breve, como robándole un beso.

Sofía bajó las escaleras sin mirar atrás, se mordía el labio y se sujetaba de la barandilla con una mano. Cruzó la valla y subió las escaleras de emergencia del cine. Luego salió al balcón y divisó a su padre en el aparcamiento, esperando con su hermano en el asiento del copiloto.

Capítulo 6

Hola Misae,

Hoy ha sido un día especial que nunca olvidaré, me han besado por primera vez. Es un chico increíble, es guapísimo, tiene el pelo largo, negro, y los ojos marrones, cuando me mira es como si me transportara a un mundo paralelo en el que solo estamos él y yo. Cuando me coge de la mano, siento escalofríos por todo el cuerpo... me imagino con él de la mano paseando por la ciudad, comprando un helado y observando la quietud del mar y el vuelo de las gaviotas, me imagino que la próxima vez iremos al puerto y nos besaremos bajo el faro. Sus besos saben a fresas, Misae, tiene los labios esponjosos como nubes de caramelo, me rozó con la lengua y estaba fría por el hielo de la coca-cola, fue como descubrir un sabor nuevo, a Quim. Así se llama, es probable que sea el chico de mi vida, probablemente seamos novios durante la secundaria y hagamos muchas cosas juntos, como ir al cine, pasear, ir a fiestas... conoceré a su familia, él conocerá a la mía... le hablaré de ti, le contaré todo sobre ti, incluso lo que ocurrió y cómo ocurrió, él sabe escuchar, se le ve divertido y chulito, pero en el fondo es un trozo de pan y creo que me quiere, si no, no me habría besado. Me cogió de la mano mientras lo hacía, eso solo lo he visto en las películas. Así me sentía, como en una película, como si yo fuera la protagonista y él mi enamorado, como si fuera el comienzo del resto de nuestras vidas.

¿Me imaginas vestida de blanco? Yo sí, me veo con un vestido de sirena, espalda descubierta, velo enorme. Papá me llevaría del brazo mientras suena la marcha nupcial y él me esperaría en el altar, no me imagino otra cara, solo la suya. Quim se giraría a mirarme, ese día llevaría el pelo recogido en una coleta y me lo imagino con traje negro y gris, me miraría con esos ojos dulces y profundos y me sonreiría para transmitirme calma. Yo me sonrojaría y le respondería con otra sonrisa, olería el ramo, él me ofrecería su mano y cuando el cura dijera "Puedes besar a la novia" volvería a sentir sus labios de algodón de azúcar y todo el mundo aplaudiría.

Ojalá sea así, Misea, no queda mucho tiempo para que sea mayor de edad, podré casarme y tener tres hijos. Al mayor le llamaré Quim, como su padre, a la de en medio Alicia, como la del cuento, y al pequeño, si es niño Arturo y si es niña Marina. Viviremos en una casa enorme, con jardín y piscina, iremos a restaurantes refinados, haremos viajes en familia, iremos a París, a Venecia, a Croacia... Compartiremos todos las aficiones, parece perfecto, pero es que con Quim solo puede ser perfecto, ojalá pudieras conocerle, me darías la razón, entenderías lo que te estoy contando y por qué me hace tanta ilusión. Hacemos una pareja estupenda

tanto física como mentalmente, somos idénticos, tal para cual...

Quim tiró el mando de la consola sobre Sergio, se levantó y se fue al baño. Se sonó los mocos sobre el lavabo y se rascó un sobaco, se olió la mano. Dejó correr el agua para limpiar la superficie de mármol y se lavo las manos. El jabón de Janet olía a lavanda. Miró el móvil, era hora de irse, pronto llegaría el profesor de repaso de Sergio. Se despidió de la familia. Una vez en el portal se subió al monopatín y bajó rodando por una cuesta. Mientras sentía el aire en la cara, pensaba en Sergio, en la suerte que tenía, le esperaba bachillerato, la universidad, un buen trabajo. Se notaba que sus padres se habían preocupado por él, no era ningún lumbreras, pero gracias a los repasos, la academia de inglés y todo el dinero que sus padres invertían con él en viajes, campamentos, deportes... se había convertido en uno de los primeros de la clase, siempre aprobaba con buenas notas, sabía cómo estudiar y qué estudiar, tenía un séquito de adultos a su disposición. Quim lo sabía y creía que Sergio llegaría lejos, que sería alguien importante el día de mañana, quizás un médico o un arquitecto. Podía ser lo que quisiera. Pasó por delante del mendigo de la ciudad, era el único, siempre iba con el mismo abrigo y los zapatos rotos, le ofreció una coca-cola y se acercaron a una tienda juntos, Quim sujetaba el monopatín bajo el brazo. Se dijo que no acabaría así, se bebieron una coca-cola juntos sentados en el último escalón de un portal cercano, la gente les observaba al pasar. Quim le preguntó si tenía algo para comer ese día, el mendigo, que estaba un poco loco, pero no era tonto, dijo que no y alargó la mano. Quim depositó sobre su palma ennegrecida unas monedas, se despidió y siguió de camino a casa.

Al doblar una esquina, se topó de bruces con Amparo, no frenó a tiempo y acabó por tropezar con ella. De repente varios libros y una carpeta volaron sobre sus cabezas. Quim se detuvo y la ayudó a recoger.

—¿Qué haces tú por aquí?

—Vengo de la biblioteca. —dijo Amparo con un hilillo de voz.

Quim hizo muestras de aprobación moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Te fuiste muy rápido el otro día...

—Sí, había olvidado el monedero en casa y tuve que volver, y luego me daba pereza volver a la bolera.

—Ya... no te perdiste nada.

Ambos sostuvieron la mirada en silencio por unos segundos.

—¿Vas a alguna parte?

—A mi casa.

—Te acompaño, si quieres.

—No hace falta, gracias.

—No seas rancia...

Amparo se ofendió.

—No soy rancia... por favor, déjame pasar.

Quim levantó las manos enseñando sus palmas en señal de paz. Ella le miró, apretó los libros y la carpeta contra su peño y empezó caminar con paso firme. Su rostro tenso transmitía enfado. Quim la agarró de un brazo, presa de un impulso inusitado.

—¿Me ayudas a preparar el examen de lengua?

Amparo se movió para desengancharse y le miró enfadada.

—Necesito aprobar el próximo examen.

—Pero si nunca vienes a clase.

—Por eso, Amparo, necesito ayuda.

—No puedo, lo siento.

Quim unió las palmas de las manos y las acercó a la cara pidiendo clemencia. Amparo le miró a los ojos y esbozó una sonrisa, no creía que Quim quisiera estudiar realmente, pero no había nada de malo en ello. Se imaginó logrando que aquel chico descuidado y absentista aprobara la asignatura. Era evidente que sus intenciones no eran las de estudiar, pero le haría sudar tinta. Cuando ya se había colgado la medalla en su imaginación, reparó en que Quim esperaba una respuesta.

—Vale, Quim, mañana estaré en la biblioteca de cinco a seis, luego tengo música, así que ven puntual.

—Gracias, Amparo, ¿te acompaño?

—No hace falta, te veo mañana.

Quim acercó su mano a la mano de Amparo, la sostuvo en el aire y la acercó a su boca para besarla tiernamente, luego la miró directamente a

los ojos. Amparó sonrió y recuperó su mano con timidez. Se despidieron y cada uno siguió su camino.

Antes de llegar a la otra esquina, Quim sacó su móvil y escribió un mensaje para Sergio.

"Me he encontrado a Amparo. Esta cae. Me debes veinte euros."

Por su parte, Amparo, que ya estaba cerca de su portal, vio como una cucaracha cruzaba por delante de ella. Pegó un salto con repugnancia. En ese momento no le dio importancia, solo era un bicho. Respiró y retomó el paso.

Capítulo 7

Eran las cinco de la tarde del día siguiente y Amparo ya estaba en la biblioteca. Levantó la mirada y la fijó en el reloj de la pared. ¿Vendría Quim? Miró hacia la puerta. Nada. De repente, alguien empujó el soporte de aluminio y cristal. Amparo empezó a sudar, el corazón le iba a mil por hora. Por la puerta de la biblioteca entró una madre con sus hijos. Amparo contuvo la respiración y se puso una mano en el pecho. Se dijo a sí misma que no tenía ni idea de que Quim la pusiera tan nerviosa, que no entendía por qué y que no le gustaba esa sensación. Suspiró sin darse cuenta de que hacía ruido, alguien de alrededor levantó la cabeza para mirarla, ella volvió al libro y siguió sacando apuntes. Enseguida recobró la calma y no quiso volver a levantar la cabeza: si venía, bien, y si no venía, también.

Pasó la hora sin que se diera cuenta, Quim no había aparecido. Amparo sentía una mezcla entre decepción y alivio que no lograba entender. Recogió sus cosas y se fue a música.

En la habitación de Sofía todo estaba en calma, el silencio retumbaba en las paredes y acariciaba todos los objetos del primero al último. Se deslizaba por la repisa de la ventana para posarse en el escritorio, donde reposaba la última carta que Sofía le había escrito a *Misae*. El silencio dio una voltereta y fue desde la hoja de papel al boli y del boli al borde de la mesa, bajó por una pata en espiral y rodó por el suelo evitando un calcetín y una chaqueta hasta llegar a la estantería de la izquierda, subió como una brisa e impregnó los libros y muñecos de porcelana, la hucha de cerdito y el osito marrón de peluche. Siguió por la pared, las puertas del armario. Sintió la tentación de abrirlas, pero la soledad siguió avanzando sin hacerlo, quería llegar a la cama y allí se posó, justo en el hueco que Sofía había dejado esa mañana al sentarse para abrocharse los zapatos.

Se escucharon ruidos de pisadas y risas cómplices. El padre de Sofía levantó el brazo amistosamente y le dio la mano a Quim, cruzaron algunas palabras. Sofía estaba radiante, tenía una sonrisa constante pegada en la cara. Quim la cogió de la mano y ambos se dirigieron a la habitación, dejaron la puerta abierta. Quim escudriñó cada rincón buscando algo que comentar. Sofía se sentó en la silla, frente al escritorio, y le siguió con la mirada. Por primera vez estaba en su casa, se imaginó que pronto pasarían cada día juntos, como una pareja de verdad. Quim se acercó a ella, vio la carta sobre la mesa y tuvo curiosidad.

— ¿Quién es Misae?

Sofía se quedó callada unos segundos, supo que había llegado el momento de hablar de ello. De repente, se dio cuenta de que nadie le

había preguntado antes sobre ello y esbozó una sonrisa risueña.

—Misae, Misae es como yo llamo a mi madre.

Quim no se esperaba nada de eso, pero asintió mostrando interés. Sofía bajó la cabeza.

—Murió hace dos años, en marzo, fue muy duro.

Sofía esperaba ser consolada, alguna muestra de cariño, esperó unos segundos sin mover el cuerpo y ahí estaba, la mano de Quim apareciendo en su campo visual directa a acariciar su mano. Algo la hizo dar las gracias en silencio, un impulso que provenía del corazón. Una lágrima cayó de sus ojos y se posó huérfana sobre el pantalón vaquero, a la altura de su rodilla izquierda.

—No llores... —dijo Quim.

Sofía hizo oscilar su cabeza hasta mirarlo de frente y se abalanzó a abrazarlo. Rozó con su cara la suavidad de su cuello y aspiró el perfume propio de su piel.

—¿Estás bien?

Esas palabras sonaban a caramelo.

—Sí, Quim.

Sofía se deshizo del abrazo suavemente y se enjugó las lágrimas, sonrió y le miró a los ojos.

—Gracias por ser así.

Quim no entendió muy bien a qué se refería, pero asintió, se sentía un poco incómodo. Sofía empezó a hablar, le cogió de las manos y jugueteó con ellas mientras tanto. Le contó lo terrible que fue ver a su madre enferma durante años, postrada en la cama los últimos meses, que el cáncer se la había arrebatado y no sabía si sentía rabia o tristeza, que ambas emociones se habían apoderado de ella y se habían ido diluyendo con el tiempo. Que empezó a escribirle a su madre durante el verano y eso la hacía sentir que todavía seguía cerca de algún modo, como si no se hubiera ido, como si ella pudiera predecir lo que su madre le diría y pudiera contarle cualquier cosa. Le dijo que al principio lloraba al escribir, pero que con el tiempo, ya solo era la forma de comunicarse con su madre y hasta la alegraba.

—¿Por qué la llamas Misae?

Sofía se rió como si de su boca empezara una cascada cosquillenate.

—Bueno, así se llama la madre de Xing Xang, el de los dibujos animados. Mi madre y yo siempre los veíamos juntas, ¿sabes? Nunca la llamé así en vida, es curioso... pero ahora lo hago de forma cariñosa.

—Se nota que os queríais mucho.

Quim puso una mano por debajo de la de Sofía y la otra por encima, la mano de Sofía descansaba entre aquellas dos palmas cálidas y suaves, recogida. Sofía sintió un cosquilleo de felicidad a la altura del pecho, el aire le entraba a los pulmones abriéndolos de par en par, sentía burbujas por debajo de la piel que recorrían su cuerpo, era una sensación de bienestar que se reflejó en su mirada con ternura.

Quim la miraba a los ojos, podría haberle hablado de su propia madre, pero no lo hizo. Podría haberle hablado de su padre, pero tampoco le pareció buena idea. No quería hablar de su vida, no le importaba escuchar. Se dio cuenta de que Sofía estaba colada, así que la besó. Cuando ambos abrieron los ojos, Sofía le abrazó de nuevo conmovida aún por lo que acababa de pasar, segura de sus sentimientos. En la puerta estaba su hermano, que le hizo un gesto de burla moviendo las manos como si se besaran entre ellas y haciendo gestos con la cara. Sofía se deshizo del abrazo de Quim, cogió lo primero que pilló cerca y lo tiró contra la puerta para que el hermano volara.

Quim dijo que tenía que irse, que lo sentía mucho pero que había quedado. Sofía sintió un poco de decepción, pero no dijo nada, esperaba poder pasar la tarde con él, ver una peli. Quim no podía, movió la cabeza de un lado al otro. Sofía le acompañó a la puerta, por el camino Quim se despidió del padre de ella, que leía el periódico sentado en el sofá.

Al salir de la casa, Quim sintió algo de alivio. Subió al monopatín y rodó calle abajo. Sofía estaba como en una nube, se encerró en su cuarto, encendió la música y se acurrucó en la cama abrazada al cojín.

Quim pasó la tarde en el parque con amigos. Empezaron haciendo unos trucos con el *skate*, le dieron unas caladas a un porro y se tumbaron en la pista. El cielo estaba lleno de estrellas que lo iluminaban todo a su paso. Una estrella fugaz surcó la bóbeda celeste, pero nadie pidió un deseo. Se hablaba de ovnis. Un chico trajo un cachorro y entre todos le eligieron un nombre, pero el dueño no estaba muy convencido y se fue sin haberlo decidido todavía. Ya de noche, la mayoría empezaba a decir adiós, Quim caminó solo hasta su casa y se perdió entre las sombras.